



***To be or not to be* – Reflexiones de un converso sobre las peripecias de un pueblo elegido**

Por Carlos Escudé

Cuando en 586 a.e.c., Judá fue conquistada por Babilonia, se produjo la primera gran crisis religiosa en la historia judía posterior a la conquista de Canaán.¹ Con el templo destruido y Jerusalén perdida, multitudes de judíos se preguntaron por el significado de semejante tragedia. Los profetas le reprochaban sus pecados al pueblo y a las clases dirigentes, a quienes responsabilizaban de la catástrofe, aduciendo que la ira del único Dios, el Señor de Israel, se había desatado sobre la nación. Pero a la vez, mucha gente común se preguntaba si acaso lo ocurrido no respondía a una causalidad ominosa y opuesta: una derrota del Dios de Israel en manos de deidades extranjeras más poderosas.

Como consecuencia, en Palestina resurgió la antigua religión popular sincrética. En siglos anteriores ésta había combinado el culto a HaShem con el de los dioses cananeos. Ahora, éstos eran reemplazados por elementos babilónicos, que se entremezclaban con la religión israelita. Y en Egipto, muchos emigrados combinaron su piedad por HaShem con el culto a la Reina del Cielo, a quien muchas mujeres judías creían haber ofendido.²

No obstante, esa crisis dio lugar a un movimiento evolutivo que transformó la identidad judía doblemente. Por un lado, produjo una revolución religiosa. Recién a partir de entonces, la mayor parte de los libros de la Biblia comenzaron a plasmarse por escrito. Según las conclusiones de la crítica bíblica científica, la Torá se compiló hacia 550 a.e.c., en la época del exilio. Antes, los sacerdotes albergaban escritos en el *sancto sanctorum* – quizás, el famoso documento J de la hipótesis documentaria–, pero no había Pentateuco, mucho menos Biblia. ¡El pueblo judío no era todavía el pueblo del Libro! Y desde el Templo, aquellos sacerdotes consultaban el oráculo para guiar a los fieles.

Intermediarios entre Dios y el hombre, los integrantes de la clase sacerdotal judía eran comparables a los sacerdotes católicos de la actualidad. Éstos prodigan sacramentos que, merced al poder divino, engendran modificaciones ontológicas en el receptor del bautismo, eucaristía, absolución, matrimonio y orden sagrado. Y de manera análoga, aquéllos

¹ No contabilizo la anterior caída de Samaria frente a Asiria, de 722 a.e.c., porque ha dejado escasos rastros documentales. Probablemente, la mayor parte de los deportados y emigrados se haya asimilado a su nuevo medio.

² Salo Wittmayer Baron, *Historia Social y Religiosa del Pueblos Judío*, Buenos Aires: Paidós 1968, Tomo I, p. 125.

sacerdotes judíos interpretaban los designios de Dios para socorrer a los hombres en su vida cotidiana.

Aunque no se lo conoce con precisión, el ritual de aquella intermediación resulta asombroso para occidentales del siglo XXI. Los sacerdotes del Templo se ataviaban con un pectoral que, por medio de un cinto primoroso, estaba sujeto a un gran delantal con hombreras, el “efod”, al que se abrochaban piedras preciosas. Engalanado con oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido, éste se completaba con dos piedras de ónice que llevaban grabados los doce nombres de los hijos de Israel.³ También pendían del delantal los enigmáticos “urim” y “tumim” mencionados en Éxodo 28:30, que según Flavio Josefo comunicaban al sacerdote con el Todopoderoso al momento de consultarle sobre alguna decisión del más acá:

De las piedras de que antes les hablé, (...) una relucía cuando Dios estaba presente en los sacrificios; era la que hacía de botón en el hombro derecho. De ella salían rayos brillantes que podían ver aun los que estaban lejos, y que no eran esplendores naturales de la piedra. (...) Por medio de esas doce piedras, Dios anunciaba de antemano (...) cuándo saldrían victoriosos de una batalla.⁴

Pero este universo mágico fue irreparablemente dañado cuando, con la destrucción del Templo, finalmente surgió la necesidad de compilar el Libro, que eventualmente pasó a estar a disposición de todos. A lo largo de un prolongado proceso que comenzó con aquella tragedia, el sacerdote perdió credibilidad como intermediario de Dios. Surgió una multitud de profetas. Por momentos, compañías de profetas judíos predicaban por todo el Medio Oriente. Pero a medida que el Libro se divulgó, el profeta se convirtió primero en un profeta libresco y eventualmente fue reemplazado por el escriba y el maestro.

No sólo eso, sino que se produjo un imperceptible pero radical tránsito del tribalismo al universalismo religioso. La derrota sirvió para que, paso a paso, se evolucionara del concepto tribal de un pueblo teóricamente favorecido por un Dios único pero particular, hacia un concepto universal que supone que el Dios único y trascendente ha elegido a Israel para cumplir con un mandato sacerdotal en bien de toda la Humanidad; misión que culminará en la Era Mesianica con la unión de todos los pueblos. Por eso, Israel es “judía no sólo para sí, sino para todos los hombres”.⁵ Pero precisamente porque tal es la misión de Israel, para la religión judía la vida eterna de la nación sería por siempre valorada por encima de la de los individuos. Y gracias a aquella evolución nacida de la desgracia, al producirse la destrucción del Segundo Templo, casi siete siglos más tarde, el pueblo de Israel ya se había convertido en el pueblo del Libro: una nación cuya clase sacerdotal sería reemplazada por el rabinato, porque estaba madura para prescindir de intermediarios humanos de la divinidad. Finalmente, a partir de esa segunda caída, los sabios rabínicos

³ Éxodo 28:6-12 y 39:2-7.

⁴ Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos*, libro III, cap. 7, sec. 5.

⁵ S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo I, p. 26.

plasmarían la Mishná y las dos Gemarot, dando forma a la halajá y a las interpretaciones teológicas talmúdicas que hoy conocemos.⁶

Pero mucho antes de ese segundo punto de inflexión, se había venido gestando otro cambio de descomunal relevancia para la historia posterior. Aunque la conquista babilónica de Judá generó deportaciones masivas, la posterior conquista de la propia Babilonia por la Persia Aqueménida, en 539 a.e.c., hizo posible el retorno de importantes contingentes de judíos a su tierra. A pesar de los sufrimientos del exilio, a muchos les había ido extraordinariamente bien, al punto de que sólo una minoría optó por regresar. Se reconstruyó el Templo con dineros aportados, en gran parte, por los retornantes, y bajo el amparo persa surgió la teocracia semi-autónoma de la Segunda Comunidad. No sólo nació la Diáspora, sino que también emergieron algunos de los rasgos que caracterizan a las comunidades judías hasta el día de hoy: el bilingüismo, la diversificación de las actividades económicas y el desdoblamiento de las identidades nacionales.⁷

Por cierto, no parece exagerado afirmar que fue el exilio babilónico lo que forjó al pueblo judío que hoy conocemos. El de la Primera Comunidad resulta irreconocible como tal. Sin la derrota y el exilio no hubiera habido Libro, ni abandono del oráculo, ni evolución del tribalismo al universalismo religioso, ni sinagogas ubicuas que eventualmente reemplazaran al Templo en la Ciudad Santa, ni plegarias e himnos que suplantaran los sacrificios rituales, ni tampoco – quizá lo más relevante para la misión histórica judaica – una dilatada Diáspora para complementar a un activo centro palestino.

En verdad, sin este proceso jamás hubiera entrado en funcionamiento la fórmula dialéctica magistral que hizo posible que el pueblo judío no sólo sobreviviera a la adversidad sino que protagonizara un papel único en la historia mundial de los siguientes dos milenios y medio. A partir de ese momento, en oleadas históricas sucesivas de ritmo creciente, la religión judía sería reforzada por la nacionalidad judía, a la vez que ésta se arraigaría supranacionalmente en la religión judía.⁸

Naturalmente que semejante dialéctica no podía sino generar reacciones adversas. Era inevitable, aunque más no fuera por el contenido de la doctrina judía. La traducción de la Biblia al griego, por ejemplo, realizada por sabios judíos alejandrinos hacia 265 a.e.c., generó furia entre los egipcios helenizados que por primera vez accedían a su lectura. Estaban indignados por el episodio del Éxodo, que dejaba a su país en posición desairada. Diplomáticamente, estos hechos habían sido atenuados no sólo por la historiografía judía alejandrina, sino también por la liturgia palestina durante el dominio de los Ptolomeos. Pero la Biblia no podía tergiversarse, y este rigor de la Septuaginta generó profundos resentimientos. Las susceptibilidades nacionalistas de diversos pueblos estaban potenciadas por otras cuestiones aún más delicadas, como la ofensa que sentía el hombre común ante la

⁶ Jacob Neusner, en *Judaism When Christianity Began* (Londres: Westminster John Knox Press, 2002), argumenta convincentemente que la escritura de las Gemarot fue una recatada reacción a la grave crisis generada por la cristianización del Imperio Romano, a partir de Constantino. De repente, una secta hostil de origen judío no sólo pretendía hacer suya la Torá, sino que era investida con todo el poder del Imperio.

⁷ S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo I, pp. 125-131.

⁸ Parfraseo a Baron, *ibidem*, p. 45.

prohibición de los matrimonios mixtos, y frente a la segregación ritual a menudo impuesta por los judíos a la hora de las comidas.⁹

No obstante, aunque esos y otros elementos de la historia y doctrina judías no hubieran generado irritación, el antisemitismo habría de surgir casi inevitablemente, debido al exitoso funcionamiento plurisecular de la dialéctica entre Palestina y su Diáspora, y entre religión judía, nacionalidad judía y supranacionalidad. No se puede ser un pueblo elegido sin engendrar fobias encendidas. Filón, el filósofo alejandrino y apasionado patriota judío que vivió entre 20 a.e.c. y 50 e.c., decía que los prosélitos habían “renunciado a su país, parientes, amigos y relaciones, a cambio de virtud y santidad”. Y montado sobre el mismo tema, Tácito, historiador romano y antijudío, despotricaba diciendo que en cuanto los conversos aceptaban las enseñanzas judías, comenzaban “a despreciar a los dioses, renegar de su país y menospreciar a sus padres, hijos y hermanos”.¹⁰ Con valoraciones opuestas, ambos describían el mismo fenómeno vertiendo los mismos datos esenciales.

Por otra parte, el éxito post-exílico sólo sobrevino después de experiencias traumáticas que también dejaron enseñanzas. En la etapa inmediatamente posterior a la caída de Judá, las deserciones gestaron un colapso demográfico. Para sobrevivir a pesar de la crisis de fe y las tendencias asimilacionistas, el judaísmo en el exilio puso más énfasis que nunca en la preservación endogámica y el respeto a la Ley Mosaica: circuncisión, normas alimenticias y respeto del Shabat. Pero una vez que las comunidades de la dispersión se consolidaron, crecieron y prosperaron, comenzó un inusitado éxito proselitista. A lo largo de varios siglos, se produjo un extraordinario crecimiento de la población judía.

Este hecho sorprendente fue objeto de conjeturas ya en tiempos de Josefo. Aparentemente, la palabra griega “*proselytos*” fue acuñada por los traductores judíos que plasmaron la Septuaginta. Filón escribió que “una mitad de la raza humana tiene conocimientos de la ley judía, que son un semillero de disgustos para la otra mitad”. Esta exageración estaba cerca de ser válida para su ciudad de Alejandría, donde había tantos judíos como griegos. Calcula Salo Baron que, a principios de la era común, había unos ocho millones de judíos en el mundo. Cerca de tres millones habitaban la misma Palestina. Otros cuatro vivían dentro de los límites del Imperio Romano pero fuera de la Tierra Santa. Y aún otro millón residía en Babilonia y otros países ajenos al dominio de Roma. Uno de cada diez romanos era judío. Como hacia occidente la densidad de judíos era mucho menor, en la parte oriental del Imperio uno de cada cinco era judío. Geográficamente, la expansión también era asombrosa: España y Mauritania hacia el Oeste; Abisinia hacia el Sur; Armenia (que estuvo bajo el dominio de la dinastía herodiana) hacia el Noreste, y hacia el Este, el reino asirio de Abiabene, cuya casa real se convirtió de pleno al judaísmo en el primer siglo de la era común.¹¹

Los estudiosos de varias épocas explicaron este asombroso éxito judío de manera documentada. La relativa tolerancia greco-romana por otros cultos (que habría de eclipsarse después del reinado de Augusto), la amplia cobertura geográfica de la dispersión, sumada a

⁹ S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo I, p. 211.

¹⁰ S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo I, p. 203.

¹¹ S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo I, pp. 187-201.

la solidaridad de las comunidades judías, brindaba ventajas comerciales transnacionales que eran todo un incentivo para la conversión de mercaderes. La tentación era mayor entre fenicios, ya que ellos también se circuncidaban. Fue justamente la ausencia del obstáculo de la circuncisión lo que hizo más atractiva la conversión entre las mujeres de algunas nacionalidades. Cuenta Josefo que, cuando agitadores de Damasco organizaron una masacre de judíos, se encontraron con que la mayor parte de sus propias mujeres eran conversas a la fe mosaica.¹²

Más interesantes son algunas de las motivaciones espirituales de las conversiones. Hacia mucho que filósofos griegos como Platón y Aristóteles, y pensadores romanos como Cicerón, habían llegado a la conclusión racional de que existe un Ser Supremo. Aunque su cultura pagana era politeísta, habían llegado a un monoteísmo filosófico. Por cierto, Josefo sostenía que “nuestros primeros imitadores fueron los filósofos griegos”.

Pero construcciones intelectuales, como el Intelecto Cósmico de Platón, no comprometían al hombre en su vida cotidiana. Cicerón creía en un Ser Supremo, pero en sus discursos mencionaba permanentemente a los dioses. Además, las conclusiones de la razón humana no exigían demasiado a la moral ni a las costumbres. Pero de repente, los paganos intelectualizados encontraron una religión que les decía que el Ser Supremo descubierto por su filosofía se había revelado siglos antes a Moisés, le había hecho entrega de su Torá y había elegido una nación santa para propagar su Ley. ¡La filosofía servía para descubrir al judaísmo! Y por si faltaba inspiración, bastaba ver la estabilidad y consenso de las comunidades judías, cuya ley alimentaria y observancia del Shabat se cumplían a rajatabla, para desear pertenecer a una fe que había llegado a la Verdad por medio de una Revelación.¹³

Este no es sino un ejemplo de un hecho recurrente. Permanentemente en la historia judía, la supervivencia, en apariencia milagrosa, fue seguida por un crecimiento de su influencia, más milagrosa todavía. La supervivencia fue posible gracias a la conjunción de dos factores: la idealización de Palestina como Tierra Prometida, y el cumplimiento de la Ley Mosaica, que en la Diáspora diferenciaba a la minoría judía de las mayorías gentiles. Ningún otro pueblo conquistado se atrincheró detrás de una coraza identitaria tan poderosa: la Ley separaba a judíos de profanos en el aquí y ahora, a la vez que la promesa de recuperar su tierra les daba un proyecto de futuro como a ninguna otra nación sin Estado ni territorio. Esta ecuación permitió superar las más atroces y sistemáticas persecuciones. Pero una vez superada la amenaza, entraba en vigencia la fórmula complementaria, ya mencionada, que fortalecía la influencia judía: la religión era reforzada por la nacionalidad, a la vez que ésta se arraigaba supranacionalmente en la religión.

Esta compleja dialéctica se convirtió en parte de la esencia misma de un judaísmo palpitante que no tiene parangones en la historia mundial. Naturalmente que esta singularidad tendría costos y beneficios. Contrariamente a lo que supone Baron cuando dice que los franceses han estado arraigados a su territorio durante milenios, los judíos llegaron

¹² Flavio Josefo, *op.cit.*, II, 20:2560, cf. S.W. Baron, Tomo I, p. 198.

¹³ W.W. Fowler, *Social Life at Rome in the Age of Cicero*, p. 519, Londres: Macmillan, 1909 y 1965, cap. 10; S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo I, p. 197; Josefo *Ag. Ap.* II 39. p. 281.

a “Francia” mucho antes que los francos, que terminaron dándole su nombre a la antigua provincia romana, cuyo nombre previo, Galia, denotaba su anterior identidad celta.¹⁴ Pero los francos pudieron convertirse en aspirantes a fundadores de la identidad francesa, en condominio con los galo-romanos, en parte porque dejaron de ser germanos. Huérfanos, a ellos no les fue prometida una tierra en heredad. Los judíos, que los antecedieron en territorio galo por varias centurias, fueron sometidos a discriminaciones, segregaciones, hostigamientos y expulsiones, precisamente porque su singular coraza identitaria les permitía sobrevivir como pueblo. Paradójicamente, la otra cara de la moneda de estos padecimientos es que ya no hay francos en Francia, pero nunca dejó de haber judíos, aunque así lo desearan los demonios perseguidores.

Es por eso que, contradiciendo a Baron, me atrevo a afirmar que la asombrosa tecnología social que posibilitó la supervivencia de la identidad judía en la Diáspora difícilmente tuviera origen humano. No fue el producto del ensayo y error propios de la investigación científica. Su efectividad devino, paradójicamente, de su dificultad.

Ningún ejemplo es más claro que el de la función sociológica de la normativa del *kashrut*. Basta recordar las leyes de *shejitá*, que al exigir el descarte de todo animal cuyo cadáver presente la más mínima anomalía, encarecen el precio de la carne. Una pizca de cirrosis en el hígado alcanza para convertir en *taref* a toda una vaca. La extracción del nervio ciático agrega costos adicionales. Y a eso hay que sumar la complejidad del proceso de *melijá*, desangrando el animal, porque la sangre es la vida de la carne y la Torá nos dice que no debe ser alimento.

Estas normas para matarifes, carniceros y consumidores alcanzarían por sí solas para tender un cerco protector en torno de la identidad judía, pero vienen acompañadas por muchas otras de similar complejidad. Poco importa la racionalidad de las disposiciones de la Ley. Normas diferentes pero similarmente incómodas quizá hubieran producido resultados similares. La observancia del Shabat, que los romanos denostaban atribuyéndola a la holgazanería, significaba sacrificar la séptima parte del ingreso, algo muy grave para una familia pobre. En verdad, la identidad del pueblo se preservó porque la misma dificultad de la Ley lo separó y aisló, aunque en todas las generaciones haya habido grandes contingentes que se alejaron, asimilándose a la mayoría no judía. El núcleo duro de la Comunidad, que obedecía la Ley estrictamente, se convirtió en el punto de referencia de aquellos que incumplían sin renegar de su identidad, incluso después de generaciones enteras de cumplimiento parcial por parte de una familia.

¹⁴ Refiriéndose a Fustel de Coulanges, Baron observa que se trata de “un francés, cuya nación ha estado arraigada en su territorio durante milenios”. Véase S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo I, p. 32. En realidad, Francia emergió en el Medioevo, de la fusión de los invasores germanos que fundaron el Reino Franco, con los provinciales galo-romanos, que a su vez fueron el producto de fusiones previas entre celtas y pueblos del Mediterráneo, incluyendo griegos y fenicios. El vocablo “Francia” conjuga una raíz germana, “franco”, con una estructura latina similar a la de Italia, Hispania, Britannia, etc. Francia no existía en los tiempos de Carlomagno y su medieval imperio. Llamarla “nación milenaria” es “francamente” erróneo. La equivocación se explica porque, cuando Baron escribía, todavía no había comenzado la tarea intelectual sistemática de deconstrucción del nacionalismo y sus mitos.

Esta dinámica fue una de las diferencias principales entre los judíos de Francia y los francos con que ejemplificamos este ensayo. Sin la muralla protectora de algo análogo a la Ley Mosaica, éstos se disolvieron en la masa común. Su identidad desapareció a pesar de haberle dado su nombre a Francia. En cambio, la identidad judía sobrevivió con una fórmula que no parece de cuño humano. Más que fórmula, ¡es un sistema de ecuaciones!, ya que a las funciones sociológicas de la Ley Mosaica hay que agregar las dialécticas entre nación y religión, y entre Dispersión y Tierra Prometida.

Pero el beneficio de la supervivencia del pueblo de Dios inevitablemente vino de la mano de grandes padecimientos, porque las minorías que no se funden en la masa común han sido perseguidas en todas las épocas. Y esto no hace más que confirmar una premisa ya mencionada de la teología judía: que la inmortalidad del pueblo de Dios es más importante que las vidas de los individuos. Por cierto, sólo tardíamente en la historia bíblica se incorporan al credo judío las ideas de la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne. Pero está presente desde el principio la noción de la inmortalidad del pueblo elegido, la vida eterna de la nación santa que hará posible el advenimiento del Mesías, no sólo para los judíos sino para la humanidad entera. Y ese es el punto de partida del paradójico universalismo judío, nacido de su particularismo.

No obstante, el mundo profano no lo entendió así, y la sucesión de siglos se convirtió en un alud de sucesivas tragedias. Finalmente, cuando la Shoá, la más reciente de las grandes persecuciones paneuropeas, fue superada a un costo de seis millones de muertos, la dialéctica entre religión y nacionalidad dio a luz a un nuevo Estado judío independiente en Palestina, cumplimentando la promesa de la Tierra entregada por Dios a su pueblo elegido. Este largo proceso plurimilenario no podría haber sido jamás la creación de un conjunto de mentes maestras humanas, como pretendieron los fraudulentos autores de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Si ausente la intuición mística, no queremos reconocer al pueblo judío como el elegido de Dios, debemos aceptar por lo menos que es el elegido de la Historia.

Por otra parte, como ya afirmé, no podría haber habido un pueblo al que la Historia eligiera para cumplir una función tal como la que cupo a los judíos, sin que se desencadenaran intentos de aniquilamiento, perpetrados por los pueblos no elegidos contra el elegido. Salo Baron, el gran historiador del pueblo judío de la generación de la Segunda Guerra Mundial, reconoce la inevitabilidad de las persecuciones cuando recuerda la judeofobia de romanos ilustres como Séneca y Tácito:

Tanto en Roma como en el resto del imperio, existía un resentimiento generalizado contra el carácter “extranjero” de los judíos, resentimiento que la multiplicación de la masa judía, tanto nativa como conversa, terminaba de agudizar. El populacho y los intelectuales marchaban codo con codo, y casi en el mismo momento en que las turbas agredían a los judíos en Alejandría, en el año 88 a.e.c., la literatura histórica y filosófica comenzaba a caldear también el ambiente. Cuando más tarde la animosidad popular de la metrópoli egipcia se canalizó en el primer auténtico “pogrom”, en el año 38 e.c., fue un pensador de la época, el estoico Séneca, casi siempre locuaz, quien planteó con mayor apasionamiento la tradicional acusación: “Las costumbres de esta muy execrada nación se fortalecieron tanto que ahora es

recibida en todas las tierras. Los conquistados han impuesto leyes a los conquistadores”.

En la visión de Baron, los romanos conservadores se sentían amenazados por el “progresivo desmoronamiento de los principios morales tradicionales y el éxito evidente de la propaganda religiosa judía”. En tal sentido, resulta fascinante recapacitar que el judaísmo (y luego el cristianismo) fueron a la civilización romana pagana lo que el islam representa actualmente para Europa occidental, cuya conquista demográfica por los musulmanes parece irreversible:

Tácito, que escribía unos treinta años después de la caída de Jerusalén, comprendió con honda inquietud que la victoria militar de Roma no había decidido la controversia. Así como se mostró dispuesto a justificar que Nerón persiguiese a los cristianos, calificando este hecho de utilitate publica, también opinaba que los judíos constituían una amenaza para el orden establecido, pues subvertían, especialmente, sus tres pilares fundamentales: la religión, la patria y la familia. (...) Si uno reflexiona acerca de cómo el cristianismo terminó por conquistar a Roma, no se puede condenar con demasiada severidad a este patriota romano por el hecho de que desahogara, quizá con un lenguaje excesivamente duro, la extremada angustia que le producía la posibilidad de que desapareciese la civilización que tanto amaba.¹⁵

Más allá de las analogías con el presente, en aquellos tiempos el odio antijudío engendró el mito del asesinato ritual, un infundio rápidamente transferido hacia los judeocristianos, cuya misa y Eucaristía se prestaban más a la acusación de homicidio y antropofagia. Muy pronto, sin embargo, los judeocristianos concretarían aquella conquista cultural de Roma tan temida por Tácito. Así, de perseguidos se convirtieron en perseguidores, corriendo por su cuenta el martirio reiterado de masas enteras de judíos durante los siguientes mil setecientos años.

No obstante, ya estaban sentados los parámetros de la dinámica histórica que había permitido tanto la supervivencia como el paulatino crecimiento de la influencia mundial del pueblo judío. La religión siguió enseñando que el pueblo de Israel había sido seleccionado por un Dios trascendente para difundir su Nombre hasta el fin de la historia, cuando todas las demás naciones se convertirían a la fe verdadera. Mientras tanto, la nación judía sobreviviría, aún sin Estado ni territorio. El pueblo elegido no se fundiría con otros pueblos, y gracias a la dialéctica entre Diáspora y Tierra Prometida, sería el vértice de la Humanidad.

El acontecer histórico no desmentiría estas ilusiones. En verdad, lo ocurrido a partir del ascenso del cristianismo es tan milagroso que parece responder a un plan divino. El concepto de pueblo elegido, enquistado en la Biblia judeocristiana, se convirtió en profecía autocumplida a través de mecanismos paradójicos e insospechados. Aunque a lo largo de varios siglos el judaísmo seguiría cosechando conversos, el cristianismo lo desplazó como

¹⁵ S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo I, p. 213.

la religión proselitista por antonomasia.¹⁶ Pablo de Tarso, el verdadero fundador del cristianismo masivo, comprendió rápidamente que su secta judeocristiana tendría más éxito proselitista si eliminaba la Ley Mosaica. Ésta contribuía a la supervivencia judía frente a la persecución, pero para el prosélito representaba una dura prueba. Si el judeocristianismo eliminaba la Ley, poseería todos los atractivos del judaísmo, Biblia hebrea incluida, sin ninguno de sus disuasivos. Pablo entonces adujo que el advenimiento del Mesías, en la persona de Jesús de Nazaret, había tornado arcaica a la Ley. Del mismo modo, reemplazó la circuncisión de la carne por la del corazón. Merced a este recurso, masas enteras de paganos y de judíos se convirtieron a la nueva religión. Era más fácil ser cristiano que ser judío.¹⁷

Pero paradójicamente, merced a ese éxito proselitista, el judeocristianismo se convirtió en el vehículo de globalización de la Torá. Gracias a su advenimiento, un celta pagano de la Gran Bretaña que se convertía a la nueva religión descubría, para su asombro, que según sus propias Escrituras adoptivas, el pueblo judío era el pueblo elegido de YHVH, su Dios. Fue por este mecanismo que la historia y doctrina judías se diseminaron por el mundo entero. Todas las religiones tienen sus mitos, pero el judaísmo es la única cuyos mitos son difundidos, principalmente, por otra religión. Desde este punto de vista, parece ser el único “suceso único” de la historia humana.¹⁸

Que el pueblo judío sea el pueblo elegido de Dios es una cuestión de fe que no puede demostrarse mediante la razón. Pero los datos duros muestran que es el pueblo elegido del cristianismo. No sólo es la Biblia cristiana el vehículo por el que el mundo conoce la

¹⁶ A partir del s. VII e.c. ese papel le iba a corresponder al islam. Por otra parte, aunque hubo vaivenes en la evolución de la población judía mundial, y aunque tanto el poder cristiano como el islámico interpusieron obstáculos muy severos para la conversión al judaísmo, en siglos posteriores hubo importantes éxitos proselitistas judíos. La última conversión masiva fue la de los kázaros, hacia fines del s. VIII e.c., que incluyó a la casa real de ese país. Según la documentación supérstite, hacia el s. X la mayor parte de la población de Kazaria era judía. Ésta llegó a ser un pequeño imperio que impidió la expansión islámica y también la bizantina entre el Caspio y el Mar Muerto. En el s. XII, intentó la conquista militar de Tierra Santa, en lo que estuvo cerca de ser una “cruzada” judía que no tuvo el apoyo de las grandes masas de judíos de Medio Oriente y que fue desacreditada por la judería de Bagdad. Kazaria fue debilitada desde fines del siglo X por invasores vikingos y rusos, pero perduró hasta mediados del siglo XIII, cuando fue arrollada por los mongoles. En el ínterin, masas de judíos kázaros, la mayoría descendientes de conversos, emigraron durante siglos a lo que es hoy el sur de Rusia y Ucrania, fundando la importante Diáspora judía de esos y otros países de Europa oriental. S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo II, pp. 201-215.

¹⁷ S.W. Baron, *op.cit.*, Tomo II, p. 95-96.

¹⁸ Diversas variantes de esta idea fueron trabajadas anteriormente por judíos y cristianos. Según S.W. Baron (*op.cit.*, Tomo II, p. 182), Agustín veía en la dispersión judía un elemento necesario en la orientación divina de la historia. Decía que “el que estén dispersos por casi todas las tierras y naciones se debe a la providencia de ese único Dios verdadero, para que en tanto que las imágenes, altares, sotos y templos de los falsos dioses se demuelen por doquier y se prohíben sus sacrificios, sus libros revelen cómo sus profecías presagiaron esto hace tanto tiempo, impidiendo así quizás que, cuando esas cosas sean leídas en los nuestros, parezcan inventadas por nosotros.” Baron dice que Agustín “se inspiró quizás inconscientemente en la racionalización rabínica del Exilio, como medio para poner en contacto a las naciones gentiles con el judaísmo, y destacó la importancia que tenía la diáspora judía para la expansión del cristianismo.” Parece más parsimoniosa mi suposición de que el cristianismo sirvió de vehículo a la Torá, que la de Agustín, según la cual el judaísmo sirvió de vehículo al cristianismo. Para afirmar lo segundo, es necesario recurrir a reinterpretaciones muy forzadas del Antiguo Testamento. Para afirmar lo primero, sólo es necesario atenerse al texto: ¿quién es el pueblo elegido por YHVH?

mitología judía, sino que en fecha tan reciente como las Pascuas de 2008, el Papa Benedicto XVI reintrodujo, para la misa en latín, una versión actualizada de la antigua oración *Pro Judaeis*, en la función litúrgica del Viernes Santo. Allí se suplica solemnemente por la conversión de los judíos. Limpiada de su antisemitismo de antaño, su traducción al castellano dice:

Recemos por los judíos. Que el Señor Dios nuestro ilumine sus corazones para que reconozcan a Jesucristo, Salvador de todos los hombres. Dios omnipotente y eterno, Tú que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, concede propicio que, entrando la plenitud de los pueblos en tu Iglesia, todo Israel sea salvado.

Al dispensarle esta atención, el Sumo Pontífice del catolicismo parece reforzar el carácter de elegido del pueblo judío. ¿Por qué, si no, oraría por trece millones de judíos, antes que por casi dos mil millones de musulmanes?

Mientras el cristianismo cumplía con su misión de difundir el judaísmo, el pueblo judío pudo sobrevivir a una sucesión de genocidios, muchas veces desencadenados por los mismos cristianos. Lo hizo gracias a aquella añosa coraza identitaria que combina confianza en la restitución de Jerusalén y en la promesa de un futuro mesiánico, con los mecanismos diferenciadores provenientes del cumplimiento de la ley mosaica. Y una vez superados cada uno de esos holocaustos, se activaba nuevamente la dialéctica complementaria, por la cual la religión judía era reforzada por la nacionalidad judía, a la vez que ésta se arraigaba supranacionalmente en la religión.

Más allá del pudor racionalista de estudiosos como Baron (para quien creer que hay algo más que humano en el misterio de la supervivencia del pueblo judío es pecar de pereza intelectual), me parece claro que ningún genio del más acá pudo urdir este mecanismo transhistórico que atraviesa dos mil setecientos años. Desde 586 a.e.c. hasta la creación del Estado de Israel en 1948, la historia de la Humanidad parece ingeniería divina, confirmando la intuición teológica de Abraham Joshua Heschel: Dios salió en busca del hombre y lo encontró en los descendientes de Yaacov.